

## Domingo XXXII del Tiempo Ordinario (ciclo C)

- **DEL MISAL MENSUAL**
- **BIBLIA DE NAVARRA** ([www.bibliadenavarra.blogspot.com](http://www.bibliadenavarra.blogspot.com))
- **SAN AMBROSIO** ([www.iveargentina.org](http://www.iveargentina.org))
- **FRANCISCO – Ángelus 2013**
- **DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos**
- **RANIERO CANTALAMESSA** ([www.cantalamezza.org](http://www.cantalamezza.org))
- **FLUVIUM** ([www.fluvium.org](http://www.fluvium.org))
- **PALABRA Y VIDA** ([www.palabrayvida.com.ar](http://www.palabrayvida.com.ar))
- **BIBLIOTECA ALMUDÍ** ([www.almudi.org](http://www.almudi.org))
  - **Homilías con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II**
  - **Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva**
  - **Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica**
- **HABLAR CON DIOS** ([www.hablarcondios.org](http://www.hablarcondios.org))
- **Mn. Ramon SÀRRIAS i Ribalta (Andorra la Vella, Andorra)** ([www.evangelinet.net](http://www.evangelinet.net))
- **Rev. D. Antoni CAROL i Hostench (Barcelona, España)** ([www.evangelinet.net](http://www.evangelinet.net))

\*\*\*

### **DEL MISAL MENSUAL**

### **DIOS MISMO NOS RESUCITARÁ**

**2 M 7,1-2. 9-14: 2 Ts 2,16-3,5, Lc 20,27-38**

El par de relatos que nos comparte la liturgia tienen el número siete como cifra simbólica. El libro de los Macabeos ejemplifica la resistencia perseverante de siete hermanos, que no obstante ser sometidos a tormentos, deciden soportarlos porque los anima una esperanza: El Dios de sus padres los resucitará. Desde la perspectiva de alguien pragmático, su renuncia a comer carne de cerdo, prohibida por la ley de Moisés, sería una muestra de intolerancia o fanatismo. El Evangelio de san Lucas nos presenta una discusión entre los saduceos y el Señor Jesús. Aquellos agudizan la gravedad del caso, presentando a una mujer que enviudó siete veces, con la pretensión de negar la racionalidad de la fe en la resurrección. El debate queda zanjado cuando el Señor abre a los lectores a la otra dimensión, la de la plenitud de la vida, donde estarán superadas todas las carencias y no habrá lugar para el matrimonio ni para otro tipo de instituciones que remedian nuestra fragilidad humana.

**ANTÍFONA DE ENTRADA** Cfr. Sal 87, 3

*Que llegue hasta ti mi súplica, Señor, inclina tu oído a mi clamor.*

**ORACIÓN COLECTA**

Dios omnipotente y misericordioso, aparta de nosotros todos los males, para que, con el alma y el cuerpo bien dispuestos, podamos con libertad de espíritu cumplir lo que es de tu agrado. Por nuestro Señor Jesucristo...

## LITURGIA DE LA PALABRA

### PRIMERA LECTURA

*El rey del universo nos resucitará para una vida eterna.*

**Del segundo libro de los Macabeos: 7, 1-2. 9-14**

**E**n aquellos días, arrestaron a siete hermanos junto con su madre. El rey Antíoco Epífanes los hizo azotar para obligarlos a comer carne de puerco, prohibida por la ley. Uno de ellos, hablando en nombre de todos, dijo: “¿Qué quieres saber de nosotros? Estamos dispuestos a morir antes que quebrantar la ley de nuestros padres”.

El rey se enfureció y lo mandó matar. Cuando el segundo de ellos estaba para morir, le dijo al rey: “Asesino, tú nos arrancas la vida presente, pero el rey del universo nos resucitará a una vida eterna, puesto que morimos por fidelidad a sus leyes”.

Después comenzaron a burlarse del tercero. Presentó la lengua como se lo exigieron, extendió las manos con firmeza y declaró confiadamente: “De Dios recibí estos miembros y por amor a su ley los desprecio, y de él espero recobrarlos”.

El rey y sus acompañantes quedaron impresionados por el valor con que aquel muchacho despreciaba los tormentos.

Una vez muerto éste, sometieron al cuarto a torturas semejantes. Estando ya para expirar, dijo: “Vale la pena morir a manos de los hombres, cuando se tiene la firme esperanza de que Dios nos resucitará. Tú, en cambio, no resucitarás para la vida”.

**Palabra de Dios. *Te alabamos, Señor.***

### SALMO RESPONSORIAL

*Del salmo 16, 1.5-6. 8b.15*

***R/. Al despertar, Señor, contemplaré tu rostro.***

Señor, hazme justicia y a mi clamor atiende; presta oído a mi súplica, pues mis labios no mienten. **R/.**

Mis pies en tus caminos se mantuvieron firmes, no tembló mi pisada. A ti mi voz elevo, pues sé que me respondes. Atiéndeme, Dios mío, y escucha mis palabras. **R/.**

Protégeme, Señor, como a las niñas de tus ojos, bajo la sombra de tus alas escóndeme, pues yo, por ser te fiel, contemplaré tu rostro y al despertarme, espero saciarme de tu vista. **R/.**

### SEGUNDA LECTURA

*Que el Señor disponga los corazones de ustedes para toda clase de obras buenas y de buenas palabras.*

**De la segunda carta del apóstol san Pablo a los tesalonicenses: 2,16-3, 5**

**Hermanos:** Que el mismo Señor nuestro, Jesucristo, y nuestro Padre Dios, que nos ha amado y nos ha dado gratuitamente un consuelo eterno y una feliz esperanza, conforten los corazones de ustedes y los dispongan a toda clase de obras buenas y de buenas palabras.

Por lo demás, hermanos, oren por nosotros para que la palabra del Señor se propague con rapidez y sea recibida con honor, como aconteció entre ustedes. Oren también para que Dios nos libre de los hombres perversos y malvados que nos acosan, porque no todos aceptan la fe.

Pero el Señor, que es fiel, les dará fuerza a ustedes y los librára del maligno. Tengo confianza en el Señor de que ya hacen ustedes y continuarán haciendo cuanto les he mandado. Que el Señor dirija su corazón para que amen a Dios y esperen pacientemente la venida de Cristo.

**Palabra de Dios. *Te alabamos, Señor.***

**ACLAMACIÓN ANTES DEL EVANGELIO Ap 1, 5. 6**

**R/. Aleluya, aleluya.**

*Jesucristo es el primogénito de entre los muertos; a él sea dada la gloria y el poder por siempre. R/.*

**EVANGELIO**

*Dios no es Dios de muertos, sino de vivos.*

**Del santo Evangelio según san Lucas: 20, 27-38**

**E**n aquel tiempo, se acercaron a Jesús algunos saduceos. Como los saduceos niegan la resurrección de los muertos, le preguntaron: “Maestro, Moisés nos dejó escrito que si alguno tiene un hermano casado que muere sin haber tenido hijos, se case con la viuda para dar descendencia a su hermano. Hubo una vez siete hermanos, el mayor de los cuales se casó y murió sin dejar hijos. El segundo, el tercero y los demás, hasta el séptimo, tomaron por esposa a la viuda y todos murieron sin dejar sucesión. Por fin murió también la viuda. Ahora bien, cuando llegue la resurrección, ¿de cuál de ellos será esposa la mujer, pues los siete estuvieron casados con ella?”.

Jesús les dijo: “En esta vida, hombres y mujeres se casan, pero en la vida futura, los que sean juzgados dignos de ella y de la resurrección de los muertos, no se casarán ni podrán ya morir, porque serán como los ángeles e hijos de Dios, pues él los habrá resucitado.

Y que los muertos resucitan, el mismo Moisés lo indica en el episodio de la zarza, cuando llama al Señor, Dios de Abraham, Dios de Isaac, Dios de Jacob. Porque Dios no es Dios de muertos, sino de vivos, pues para él todos viven”.

**Palabra del Señor. *Gloria a ti, Señor Jesús.***

**ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS**

Señor, mira con bondad este sacrificio, y concédenos alcanzar los frutos de la pasión de tu Hijo, que ahora celebramos sacramentalmente. Él, que vive y reina por los siglos de los siglos.

**Prefacio dominical.**

**ANTÍFONA DE LA COMUNIÓN Lc 24, 35**

*Los discípulos reconocieron al Señor Jesús, al partir el pan.*

**ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN**

Alimentados con estos sagrados dones, te damos gracias, Señor, e imploramos tu misericordia, para que, por la efusión de tu Espíritu, cuya eficacia celestial recibimos, nos concedas perseverar en la gracia de la verdad. Por Jesucristo, nuestro Señor.

---

**BIBLIA DE NAVARRA ([www.bibliadenavarra.blogspot.com](http://www.bibliadenavarra.blogspot.com))**

**Los siete hermanos macabeos (2M 7,1-2.9-14)**

**1ª lectura**

Este capítulo es uno de los pasajes más conocidos y populares de la historia de los Macabeos, hasta el punto de que, de forma impropia, tradicionalmente se suele dar a estos hermanos el nombre de «macabeos». El autor sagrado no recuerda sus nombres ni el lugar de la escena; y la presencia del rey tiene carácter retórico. La valentía de estos jóvenes aparece como el efecto del buen ejemplo dado por Eleazar (cfr 6,28). La intervención de la madre divide la escena en dos partes: la primera con el martirio de los seis hermanos mayores (vv. 2-19); la segunda con el martirio del menor y de la madre (vv. 20-41).

En la primera parte aparece progresivamente la afirmación de la resurrección de los justos y el castigo de los malvados. Cada una de las respuestas de los seis primeros hermanos contiene un aspecto de esa verdad. El primero afirma que los justos prefieren morir antes que pecar (v. 2) porque Dios les premiará (v. 6); el segundo, que Dios les resucitará a una vida nueva (v. 9); el tercero, que resucitarán con sus cuerpos rehechos (v. 11); el cuarto, que para los malvados no habrá «resurrección a la vida» (v. 14); el quinto, que para los malvados habrá castigo (v. 17); y el sexto, que cuando el justo sufre se debe a que es castigado por el pecado (v. 18).

En la segunda parte, tanto la madre como el hermano menor reafirman la doctrina anterior; pero éste último ofrece un aspecto nuevo, afirmando que la muerte aceptada por los justos tiene un valor expiatorio en favor de todo el pueblo (v. 37-38).

La resurrección de los muertos, que «fue revelada progresivamente por Dios a su pueblo» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 992), se apoya primero en las palabras de Moisés acerca de que Dios consolará a sus siervos (v. 6; cfr Dt 32,36), y si éstos mueren prematuramente recibirán el consuelo en la otra vida. Es el argumento del primero de los hermanos, que supone que Dios «mantiene fielmente su Alianza con Abraham y su descendencia» (*ibidem*, n. 992). En el razonamiento de la madre (vv. 27-28) la fe en la resurrección se impone «como una consecuencia intrínseca de la fe en un Dios creador del hombre todo entero, alma y cuerpo» (*ibidem*, n. 992). Nuestro Señor Jesucristo ratifica la resurrección de los muertos y la une a la fe en Él (cfr Jn 5,24-25; 11,25); al mismo tiempo purifica la representación de la resurrección que tenían los fariseos, resultado de una interpretación meramente materialista (cfr Mc 12,18-27; 1 Co 15,35-53).

Muchos Santos Padres, entre los que destacan San Gregorio Nacianceno (*Orationes* 15,22), San Ambrosio (*De Iacob et vita beata* 2,10,44-57), San Agustín (*In Epistolam Ioannis* 8,7), o San Cipriano (*Ad Fortunatum* 11), dedicaron encendidas alabanzas a estos siete hermanos mártires y a su madre. San Juan Crisóstomo nos invita a imitarlos cuando nos invade la tentación: «Toda la moderación que ellos mostraron en los peligros, igualémosla nosotros con la paciencia y la templanza contra las concupiscencias irracionales, contra la ira, la avaricia de las riquezas, las pasiones del cuerpo, la vanagloria y todas las otras semejantes. Pues si dominamos su llama, como aquéllos dominaron la del fuego, podremos estar cerca de ellos y ser participantes de su confianza y libertad» (S. Juan Crisóstomo, *Homiliae in Maccabaeos* 1,3).

## **Que la palabra del Señor avance con rapidez y alcance la gloria (2 Ts 2,16—3,5)**

### **2ª lectura**

«El Apóstol (...) —comenta San Juan Crisóstomo— los anima ahora a ofrecer oraciones a Dios por él, pero no para que Dios lo exima de los peligros que debe afrontar —pues éstos son consecuencia inevitable del ministerio que desempeña—, sino para que la palabra del Señor *avance con rapidez y alcance la gloria*» (*In 2 Thessalonicenses, ad loc.*).

La expresión «avance con rapidez y alcance la gloria» (v. 1), es una imagen tomada de los juegos del estadio, con gran raigambre en toda Grecia: el vencedor en la carrera recibía la gloria del premio. La victoria y el premio de la palabra de Dios es que sea proclamada y aceptada por todo el mundo.

En contraste con la infidelidad de algunos se hace una llamada a confiar en Dios (v. 3), que siempre es fiel. Pero exige nuestra correspondencia: Dios nos ha creado sin nosotros, pero no ha querido salvarnos sin nosotros (cfr S. Agustín, *Sermones* 169,13).

## **El Señor no es Dios de muertos, sino de vivos (Lc 20,27-38)**

### **Evangelio**

Los saduceos se atenían a la interpretación literal de la «Ley escrita» y no creían en la resurrección de la carne. Los fariseos, por el contrario (cfr Hch 23,8), aceptaban la resurrección de la carne tal como venía expuesta en algunos textos de la Escritura (Dn 12,2-3) y en la tradición oral. Ante la nueva insidia, Jesús enseña algunos aspectos de la resurrección (cfr nota a Mt 22,23-33): entonces no será necesario el matrimonio ya que no habrá muerte (v. 36); el principio de aquella nueva vida no es fruto de la unión del hombre y la mujer, sino del mismo Dios (v. 38). «Para el hombre esta consumación será la realización final de la unidad del género humano querida por Dios desde la creación (...). La visión beatífica, en la que Dios se manifestará de modo inagotable a los elegidos, será la fuente inmensa de felicidad, de paz y de comunión mutua» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1045).

---

**SAN AMBROSIO ([www.iveargentina.org](http://www.iveargentina.org))**

### **La mujer de los siete maridos**

Si el hermano de alguno viene a morir... Los saduceos, que eran la parte más detestable de los judíos, tientan al Señor con esta cuestión. Abiertamente les reprende su malicia y, en sentido místico, retuerce su posición, precisamente con la doctrina de una castidad ejemplar, tomando pie del problema que ellos le propusieron; ya que, según la letra, una mujer debería casarse aún contra su voluntad para que el hermano del difunto le diese un heredero. De aquí ese dicho de la letra mata (2 Co 3, 6), como una propagadora de vicios, mientras que el Espíritu es el maestro de la castidad.

Por tanto, miremos a ver si esta mujer no representa a la Sinagoga. También ésta tuvo siete maridos, como dijo a la Samaritana: Tuviste cinco maridos (Jn 4, 18); y es que la Samaritana no seguía más que a los cinco libros de Moisés, mientras que la Sinagoga seguía principalmente siete, y, a causa de su mala fe, no recibió de ninguno descendencia, posteridad ni herederos. Y por eso, en el día de la resurrección no podrá tener consorcio con sus esposos, puesto que ella ha cambiado un mandamiento espiritual dándole un contenido enteramente carnal; pues no se trata de que sea un hermano según la carne quien suscite la descendencia del hermano difunto, sino aquel Hermano que recibió del pueblo muerto de los judíos el conocimiento del culto divino, como para una esposa, con

el fin de tener de ella una descendencia en la persona de los apóstoles, los cuales, como restos del todo distintos de los judíos difuntos, permaneciendo todavía en el seno de la Sinagoga, merecieron ser conservados, por una gracia de elección, en la unión con la nueva semilla.

Es cierto que la Sinagoga recibió frecuentemente la estola, que es la insignia del matrimonio, puesto que ella es la madre de los creyentes y ha sido con frecuencia también repudiada, porque fue la madre de los sin fe. Para ella la Ley, literalmente tomada, es muerte, mientras que, aceptada en sentido espiritual, la hace resucitar. Por tanto, si el santo pueblo de Dios ama los siete libros de la Ley como con un amor conyugal y obedece sus órdenes como si se tratara de las de su marido, tendrá en la resurrección esa unión celestial, donde ninguna mancha del cuerpo avergonzará su pudor, antes, por el contrario, allí se enriquecerá con los dones de la gracia divina.

*(Tratado sobre el Evangelio de San Lucas (I), L.9, 37-39, BAC Madrid 1966, pág. 548-50)*

---

## **FRANCISCO – Ángelus 2013**

### **Ángelus 2013**

*Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!*

El Evangelio de este domingo nos presenta a Jesús enfrentando a los saduceos, quienes negaban la resurrección. Y es precisamente sobre este tema que ellos hacen una pregunta a Jesús, para ponerlo en dificultad y ridiculizar la fe en la resurrección de los muertos. Parten de un caso imaginario: «Una mujer tuvo siete maridos, que murieron uno tras otro», y preguntan a Jesús: «¿De cuál de ellos será esposa esa mujer después de su muerte?». Jesús, siempre apacible y paciente, en primer lugar, responde que la vida después de la muerte no tiene los mismos parámetros de la vida terrena. La vida eterna es otra vida, en otra dimensión donde, entre otras cosas, ya no existirá el matrimonio, que está vinculado a nuestra existencia en este mundo. Los resucitados —dice Jesús— serán como los ángeles, y vivirán en un estado diverso, que ahora no podemos experimentar y ni siquiera imaginar. Así lo explica Jesús.

Pero luego Jesús, por decirlo así, pasa al contraataque. Y lo hace citando la Sagrada Escritura, con una sencillez y una originalidad que nos dejan llenos de admiración por nuestro Maestro, el único Maestro. La prueba de la resurrección Jesús la encuentra en el episodio de Moisés y de la zarza ardiente (cf. Ex 3, 1-6), allí donde Dios se revela como el Dios de Abrahán, de Isaac y de Jacob. El nombre de Dios está relacionado a los nombres de los hombres y las mujeres con quienes Él se vincula, y este vínculo es más fuerte que la muerte. Y nosotros podemos decir también de la relación de Dios con nosotros, con cada uno de nosotros: ¡Él es *nuestro* Dios! ¡Él es el Dios de cada uno de nosotros! Como si Él llevase nuestro nombre. A Él le gusta decirlo, y ésta es la alianza. He aquí por qué Jesús afirma: «No es Dios de muertos, sino de vivos: porque para Él todos están vivos» (Lc 20, 38). Y éste es el vínculo decisivo, la alianza fundamental, la alianza con Jesús: Él mismo es la Alianza, Él mismo es la Vida y la Resurrección, porque con su amor crucificado venció la muerte. En Jesús Dios nos dona la vida eterna, la dona a todos, y gracias a Él todos tienen la esperanza de una vida aún más auténtica que ésta. La vida que Dios nos prepara no es un sencillo embellecimiento de esta vida actual: ella supera nuestra imaginación, porque Dios nos sorprende continuamente con su amor y con su misericordia.

Por lo tanto, lo que sucederá es precisamente lo contrario de cuanto esperaban los saduceos. No es esta vida la que hace referencia a la eternidad, a la otra vida, la que nos espera, sino que es la eternidad —aquella vida— la que ilumina y da esperanza a la vida terrena de cada uno de nosotros.

Si miramos sólo con ojo humano, estamos predispuestos a decir que el camino del hombre va de la vida hacia la muerte. ¡Esto se ve! Pero esto es sólo si lo miramos con ojo humano. Jesús le da un giro a esta perspectiva y afirma que nuestra peregrinación va de la muerte a la vida: la vida plena. Nosotros estamos en camino, en peregrinación hacia la vida plena, y esa vida plena es la que ilumina nuestro camino. Por lo tanto, la muerte está detrás, a la espalda, no delante de nosotros. Delante de nosotros está el Dios de los vivientes, el Dios de la alianza, el Dios que lleva mi nombre, nuestro nombre, como Él dijo: «Yo soy el Dios de Abrahán, Isaac, Jacob», también el Dios con mi nombre, con tu nombre, con tu nombre..., con nuestro nombre. ¡Dios de los vivientes! ... Está la derrota definitiva del pecado y de la muerte, el inicio de un nuevo tiempo de alegría y luz sin fin. Pero ya en esta tierra, en la oración, en los Sacramentos, en la fraternidad, encontramos a Jesús y su amor, y así podemos pregonar algo de la vida resucitada. La experiencia que hacemos de su amor y de su fidelidad enciende como un fuego en nuestro corazón y aumenta nuestra fe en la resurrección. En efecto, si Dios es fiel y ama, no puede serlo a tiempo limitado: la fidelidad es eterna, no puede cambiar. El amor de Dios es eterno, no puede cambiar. No es a tiempo limitado: es para siempre. Es para seguir adelante. Él es fiel para siempre y Él nos espera, a cada uno de nosotros, acompaña a cada uno de nosotros con esta fidelidad eterna.

---

## **DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos**

### **CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA**

#### **La revelación progresiva de la Resurrección**

**992** La resurrección de los muertos fue revelada progresivamente por Dios a su Pueblo. La esperanza en la resurrección corporal de los muertos se impuso como una consecuencia intrínseca de la fe en un Dios creador del hombre todo entero, alma y cuerpo. El creador del cielo y de la tierra es también Aquél que mantiene fielmente su Alianza con Abraham y su descendencia. En esta doble perspectiva comienza a expresarse la fe en la resurrección. En sus pruebas, los mártires Macabeos confiesan:

*El Rey del mundo a nosotros que morimos por sus leyes, nos resucitará a una vida eterna (2 M 7, 9). Es preferible morir a manos de los hombres con la esperanza que Dios otorga de ser resucitados de nuevo por él (2 M 7, 14; cf. 7, 29; Dn 12, 1-13).*

**993** Los fariseos (cf. Hch 23, 6) y muchos contemporáneos del Señor (cf. Jn 11, 24) esperaban la resurrección. Jesús la enseña firmemente. A los saduceos que la niegan responde: “Vosotros no conocéis ni las Escrituras ni el poder de Dios, vosotros estáis en el error” (Mc 12, 24). La fe en la resurrección descansa en la fe en Dios que “no es un Dios de muertos sino de vivos” (Mc 12, 27).

**994** Pero hay más: Jesús liga la fe en la resurrección a la fe en su propia persona: “Yo soy la resurrección y la vida” (Jn 11, 25). Es el mismo Jesús el que resucitará en el último día a quienes hayan creído en él. (cf. Jn 5, 24-25; 6, 40) y hayan comido su cuerpo y bebido su sangre (cf. Jn 6, 54). En su vida pública ofrece ya un signo y una prenda de la resurrección devolviendo la vida a algunos muertos (cf. Mc 5, 21-42; Lc 7, 11-17; Jn 11), anunciando así su propia Resurrección que, no obstante, será de otro orden. De este acontecimiento único, Él habla como del “signo de Jonás” (Mt 12, 39), del signo del Templo (cf. Jn 2, 19-22): anuncia su Resurrección al tercer día después de su muerte (cf. Mc 10, 34).

**995** Ser testigo de Cristo es ser “testigo de su Resurrección” (Hch 1, 22; cf. 4, 33), “haber comido y bebido con El después de su Resurrección de entre los muertos” (Hch 10, 41). La esperanza cristiana en la resurrección está totalmente marcada por los encuentros con Cristo resucitado. Nosotros resucitaremos como El, con El, por El.

**996** Desde el principio, la fe cristiana en la resurrección ha encontrado incomprendiones y oposiciones (cf. Hch 17, 32; 1 Co 15, 12-13). “En ningún punto la fe cristiana encuentra más contradicción que en la resurrección de la carne” (San Agustín, psal. 88, 2, 5). Se acepta muy comúnmente que, después de la muerte, la vida de la persona humana continúa de una forma espiritual. Pero ¿cómo creer que este cuerpo tan manifiestamente mortal pueda resucitar a la vida eterna?

### **Nuestra resurrección en Cristo**

**997** ¿Qué es resucitar? En la muerte, separación del alma y el cuerpo, el cuerpo del hombre cae en la corrupción, mientras que su alma va al encuentro con Dios, en espera de reunirse con su cuerpo glorificado. Dios en su omnipotencia dará definitivamente a nuestros cuerpos la vida incorruptible uniéndolos a nuestras almas, por la virtud de la Resurrección de Jesús.

**998** ¿Quién resucitará? Todos los hombres que han muerto: “los que hayan hecho el bien resucitarán para la vida, y los que hayan hecho el mal, para la condenación” (Jn 5, 29; cf. Dn 12, 2).

**999** ¿Cómo? Cristo resucitó con su propio cuerpo: “Mirad mis manos y mis pies; soy yo mismo” (Lc 24, 39); pero El no volvió a una vida terrenal. Del mismo modo, en El “todos resucitarán con su propio cuerpo, que tienen ahora” (Cc de Letrán IV: DS 801), pero este cuerpo será “transfigurado en cuerpo de gloria” (Flp 3, 21), en “cuerpo espiritual” (1 Co 15, 44):

*Pero dirá alguno: ¿cómo resucitan los muertos? ¿Con qué cuerpo vuelven a la vida? ¡Necio! Lo que tú siembras no revive si no muere. Y lo que tú siembras no es el cuerpo que va a brotar, sino un simple grano..., se siembra corrupción, resucita incorrupción; ... los muertos resucitarán incorruptibles. En efecto, es necesario que este ser corruptible se revista de incorruptibilidad; y que este ser mortal se revista de inmortalidad (1 Cor 15,35-37. 42. 53).*

**1000** Este “cómo” sobrepasa nuestra imaginación y nuestro entendimiento; no es accesible más que en la fe. Pero nuestra participación en la Eucaristía nos da ya un anticipo de la transfiguración de nuestro cuerpo por Cristo:

*Así como el pan que viene de la tierra, después de haber recibido la invocación de Dios, ya no es pan ordinario, sino Eucaristía, constituida por dos cosas, una terrena y otra celestial, así nuestros cuerpos que participan en la eucaristía ya no son corruptibles, ya que tienen la esperanza de la resurrección (San Ireneo de Lyon, haer. 4, 18, 4-5).*

**1001** ¿Cuándo? Sin duda en el “último día” (Jn 6, 39-40. 44. 54; 11, 24); “al fin del mundo” (LG 48). En efecto, la resurrección de los muertos está íntimamente asociada a la Parusía de Cristo:

*El Señor mismo, a la orden dada por la voz de un arcángel y por la trompeta de Dios, bajará del cielo, y los que murieron en Cristo resucitarán en primer lugar (1 Ts 4, 16).*

### **Resucitados con Cristo**

**1002** Si es verdad que Cristo nos resucitará en “el último día”, también lo es, en cierto modo, que nosotros ya hemos resucitado con Cristo. En efecto, gracias al Espíritu Santo, la vida cristiana en la tierra es, desde ahora, una participación en la muerte y en la Resurrección de Cristo:



*Sepultados con él en el bautismo, con él también habéis resucitado por la fe en la acción de Dios, que le resucitó de entre los muertos... Así pues, si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios (Col 2, 12; 3, 1).*

**1003** Unidos a Cristo por el Bautismo, los creyentes participan ya realmente en la vida celestial de Cristo resucitado (cf. Flp 3, 20), pero esta vida permanece “escondida con Cristo en Dios” (Col 3, 3) “Con Él nos ha resucitado y hecho sentar en los cielos con Cristo Jesús” (Ef 2, 6). Alimentados en la Eucaristía con su Cuerpo, nosotros pertenecemos ya al Cuerpo de Cristo. Cuando resucitemos en el último día también nos “manifestaremos con Él llenos de gloria” (Col 3, 4).

**1004** Esperando este día, el cuerpo y el alma del creyente participan ya de la dignidad de ser “en Cristo”; donde se basa la exigencia del respeto hacia el propio cuerpo, y también hacia el ajeno, particularmente cuando sufre:

*El cuerpo es para el Señor y el Señor para el cuerpo. Y Dios, que resucitó al Señor, nos resucitará también a nosotros mediante su poder. ¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo?... No os pertenecéis... Glorificad, por tanto, a Dios en vuestro cuerpo (1 Co 6, 13-15. 19-20).*

## **El cielo**

**1023** Los que mueren en la gracia y la amistad de Dios y están perfectamente purificados, viven para siempre con Cristo. Son para siempre semejantes a Dios, porque lo ven “tal cual es” (1 Jn 3, 2), cara a cara (cf. 1 Co 13, 12; Ap 22, 4):

*Definimos con la autoridad apostólica: que, según la disposición general de Dios, las almas de todos los santos ... y de todos los demás fieles muertos después de recibir el bautismo de Cristo en los que no había nada que purificar cuando murieron;... o en caso de que tuvieran o tengan algo que purificar, una vez que estén purificadas después de la muerte ... aun antes de la reasunción de sus cuerpos y del juicio final, después de la Ascensión al cielo del Salvador, Jesucristo Nuestro Señor, estuvieron, están y estarán en el cielo, en el reino de los cielos y paraíso celestial con Cristo, admitidos en la compañía de los ángeles. Y después de la muerte y pasión de nuestro Señor Jesucristo vieron y ven la divina esencia con una visión intuitiva y cara a cara, sin mediación de ninguna criatura (Benedicto XII: DS 1000; cf. LG 49).*

**1024** Esta vida perfecta con la Santísima Trinidad, esta comunión de vida y de amor con Ella, con la Virgen María, los ángeles y todos los bienaventurados se llama “el cielo”. El cielo es el fin último y la realización de las aspiraciones más profundas del hombre, el estado supremo y definitivo de dicha.

**1025** Vivir en el cielo es “estar con Cristo” (cf. Jn 14, 3; Flp 1, 23; 1 Ts 4,17). Los elegidos viven “en El”, aún más, tienen allí, o mejor, encuentran allí su verdadera identidad, su propio nombre (cf. Ap 2, 17):

*Pues la vida es estar con Cristo; donde está Cristo, allí está la vida, allí está el reino (San Ambrosio, Luc. 10,121).*

**1026** Por su muerte y su Resurrección Jesucristo nos ha “abierto” el cielo. La vida de los bienaventurados consiste en la plena posesión de los frutos de la redención realizada por Cristo quien asocia a su glorificación celestial a aquellos que han creído en El y que han permanecido fieles a su voluntad. El cielo es la comunidad bienaventurada de todos los que están perfectamente incorporados a Él.

**1027** Este misterio de comunión bienaventurada con Dios y con todos los que están en Cristo sobrepasa toda comprensión y toda representación. La Escritura nos habla de ella en imágenes: vida, luz, paz, banquete de bodas, vino del reino, casa del Padre, Jerusalén celeste, paraíso: “Lo que ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni al corazón del hombre llegó, lo que Dios preparó para los que le aman” (1 Co 2, 9).

**1028** A causa de su transcendencia, Dios no puede ser visto tal cual es más que cuando El mismo abre su Misterio a la contemplación inmediata del hombre y le da la capacidad para ello. Esta contemplación de Dios en su gloria celestial es llamada por la Iglesia “la visión beatífica”:

*¡Cuál no será tu gloria y tu dicha!: Ser admitido a ver a Dios, tener el honor de participar en las alegrías de la salvación y de la luz eterna en compañía de Cristo, el Señor tu Dios, ...gozar en el Reino de los cielos en compañía de los justos y de los amigos de Dios, las alegrías de la inmortalidad alcanzada* (San Cipriano, ep. 56,10,1).

**1029** En la gloria del cielo, los bienaventurados continúan cumpliendo con alegría la voluntad de Dios con relación a los demás hombres y a la creación entera. Ya reinan con Cristo; con El “ellos reinarán por los siglos de los siglos” (Ap 22, 5; cf. Mt 25, 21.23).

### **La purificación final o Purgatorio**

**1030** Los que mueren en la gracia y en la amistad de Dios, pero imperfectamente purificados, aunque están seguros de su eterna salvación, sufren después de su muerte una purificación, a fin de obtener la santidad necesaria para entrar en la alegría del cielo.

**1031** La Iglesia llama Purgatorio a esta purificación final de los elegidos que es completamente distinta del castigo de los condenados. La Iglesia ha formulado la doctrina de la fe relativa al Purgatorio sobre todo en los Concilios de Florencia (cf. DS 1304) y de Trento (cf. DS 1820: 1580). La tradición de la Iglesia, haciendo referencia a ciertos textos de la Escritura (por ejemplo 1 Co 3, 15; 1 P 1, 7) habla de un fuego purificador:

*Respecto a ciertas faltas ligeras, es necesario creer que, antes del juicio, existe un fuego purificador, según lo que afirma Aquél que es la Verdad, al decir que, si alguno ha pronunciado una blasfemia contra el Espíritu Santo, esto no le será perdonado ni en este siglo, ni en el futuro (Mt 12, 31). En esta frase podemos entender que algunas faltas pueden ser perdonadas en este siglo, pero otras en el siglo futuro* (San Gregorio Magno, dial. 4, 39).

**1032** Esta enseñanza se apoya también en la práctica de la oración por los difuntos, de la que ya habla la Escritura: “Por eso mandó [Judas Macabeo] hacer este sacrificio expiatorio en favor de los muertos, para que quedaran liberados del pecado” (2 M 12, 46). Desde los primeros tiempos, la Iglesia ha honrado la memoria de los difuntos y ha ofrecido sufragios en su favor, en particular el sacrificio eucarístico (cf. DS 856), para que, una vez purificados, puedan llegar a la visión beatífica de Dios. La Iglesia también recomienda las limosnas, las indulgencias y las obras de penitencia en favor de los difuntos:

*Llevémosles socorros y hagamos su conmemoración. Si los hijos de Job fueron purificados por el sacrificio de su Padre (cf. Jb 1, 5), ¿por qué habríamos de dudar de que nuestras ofrendas por los muertos les lleven un cierto consuelo? No dudemos, pues, en socorrer a los que han partido y en ofrecer nuestras plegarias por ellos* (San Juan Crisóstomo, hom. in 1 Cor 41, 5).

**RANIERO CANTALAMESSA ([www.cantalamessa.org](http://www.cantalamessa.org))**

**Dios, no es Dios de muertos**

Se cierra hoy la semana en que hemos conmemorado a nuestros queridos difuntos y a este respecto la palabra de Dios tiene que decimos precisamente algo de mucha importancia.

Un día se presentan ante Jesús algunos saduceos con la intención de poner en ridículo la doctrina de la resurrección de los muertos (los saduceos, a diferencia de los otros grupos religiosos del tiempo, no creían en los ángeles y en la resurrección de los muertos). A este fin le cuentan una historia, no sabemos si verdadera o falsa. Una mujer se ha casado con un hombre, que muere sin dejar hijos. De acuerdo con la ley mosaica del levirato, vuelve su hermano a unírsele como marido; pero que, sin embargo, tiene la misma suerte; y así otros cinco, hasta que, al final, muere también la mujer. Y he aquí la pregunta-trampa: ¿cuando llegue la resurrección de cuál de ellos será mujer?

En su respuesta, Jesús reafirma, ante todo, el hecho de la resurrección, corrigiendo, al mismo tiempo, la representación materialista y caricaturizada de los saduceos:

«En esta vida, hombres y mujeres se casan; pero los que sean juzgados dignos de la vida futura y de la resurrección de entre los muertos no se casarán. Pues ya no pueden morir: son como ángeles, son hijos de Dios, porque participan de la resurrección».

Jesús nos da aquí una representación del más allá cristiano, bien distinta de las que han caracterizado a ciertas religiones. La bienaventuranza eterna no es simplemente una potenciación y prolongación de las alegrías terrenas con placeres de la carne y de la mesa hasta la saciedad. La otra vida es verdaderamente «otra» vida, una vida de cualidad distinta. Es, sí, el cumplimiento de todas las esperas que tiene el hombre sobre la tierra (e infinitamente más); pero, en un plano distinto. Es un sumergirse, dichosos, en el océano sin orillas y sin fondo del amor y de la felicidad de Dios.

Esto no significa que los vínculos terrenos (entre cónyuges, entre padres e hijos, entre amigos) serán olvidados y ya no existirán más. Existirán y con una intensidad y pureza desconocidas acá abajo; pero, sublimados en un plano espiritual. La relación de pareja y toda cualquier otra experiencia humana de comunión y de amor eran pequeños peldaños para poder alcanzar aquella cima. Ya no tiene razón de ser el «símbolo» allí donde ya está la «realidad». La nave, que surca el mar después de estar varada, no tiene necesidad de llevarse consigo detrás la armadura, que le ha servido para ser reconstruida. San Pablo ilustra todo esto con el ejemplo de la simiente:

«Lo que tú siembras no recobra vida si no muere. Y lo que tú siembras no es el cuerpo que va a brotar, sino un simple grano, de trigo por ejemplo o de alguna otra planta... Así también en la resurrección de los muertos: se siembra corrupción, resucita incorrupción; se siembra vileza, resucita gloria; se siembra debilidad, resucita fortaleza; se siembra un cuerpo animal, resucita un cuerpo espiritual» (1 *Corintios* 15, 36-37.42-44).

Todas las palabras del Evangelio responden a preguntas y necesidades del hombre; pero, ésta sobre la resurrección y la vida eterna, posiblemente más que todas las demás. Nadie, creo, ante la pérdida de una persona querida, ni siquiera el ateo, puede evitar el plantearse la pregunta: «¿En verdad está ya todo acabado o hay algo después de la muerte?»

En la parte final del Evangelio, Jesús explica el motivo del porqué debe haber vida después de la muerte.

«Que resucitan los muertos, el mismo Moisés lo indica en el episodio de la zarza, cuando llama al Señor “Dios de Abrahán, Dios de Isaac, Dios de Jacob”. No es Dios de muertos, sino de vivos; porque para él todos están vivos».

Si Dios se define «Dios de Abrahán, Dios de Isaac, Dios de Jacob» y es un Dios de vivos, no de muertos, entonces quiere decir que Abrahán, Isaac y Jacob viven en alguna parte; si bien, en el momento en que Dios habla a Moisés, ellos ya hayan desaparecido hace siglos. Si existe Dios, existe también la vida en la ultratumba. Una cosa no puede estar sin la otra. Sería absurdo llamar a Dios, «el Dios de los vivos», si al final se encontrase para reinar sobre un inmenso cementerio de muertos. No entiendo a las personas (parece que las hay) que dicen creer en Dios, pero no en una vida ultraterrena.

No es necesario, sin embargo, pensar que la vida más allá de la muerte comience sólo con la resurrección final. Aquello será el momento en que Dios, también, volverá a dar vida a nuestros cuerpos mortales. Pero, según la fe católica común, el elemento espiritual que existe en nosotros, nuestro «yo» profundo que llamamos «alma», ya desde el momento de la muerte, va a reunirse con Cristo en una vida glorificada y feliz. ¿Qué significa esto, en concreto? perdura para nosotros un misterio mientras permanecemos en este mundo; pero, la palabra de Cristo nos asegura que es así. «Te aseguro que hoy estarás conmigo en el Paraíso» (*Lucas 23,43*), dijo Jesús al buen ladrón. «Hoy», no «¡al final del mundo!» Es esta fe la que nos permite tener un diálogo y experimentar una cierta comunión con nuestros queridos difuntos, sobre todo, a través de la oración.

Sobre la fe en la vida después de la muerte ha pasado, desdichadamente, una especie de huracán, que la ha dejado en tierra, como ciertas plantas pequeñas después de una tempestad. Se tiene casi miedo de hablar de ello. La vida eterna, se ha dicho, no es más que la proyección de las necesidades no apagadas del hombre, el recipiente imaginario en el que el hombre recoge las «lágrimas» derramadas en este valle de llanto.

Cuando se busca estrechar e ir al núcleo de las argumentaciones de los tres autores que han divulgado estas ideas, Feuerbach, Marx y Freud, así llamados «maestros de la sospecha», se constata que todo lo que de ellas permanece en pie no es una *prueba* contra la existencia de Dios y del más allá sino que es, precisamente, sólo una *sospecha*. Por lo demás, antes que sobre Dios la sospecha es trasladada sobre el hombre. Freud dice: «En verdad sería muy hermoso que existiera un Dios como creador del universo y con su benigna providencia, un orden moral universal y una vida ultraterrena; sin embargo, es al menos muy extraño que todo esto corresponda exactamente con lo que cada uno de nosotros desea que exista» (*L' avvenire di una illusione*). ¡Afirmación reveladora! Una cosa llega a ser sospechosa por el hecho mismo de que el hombre la concibe y la desea. Sería como echar la sospecha sobre el amor y sobre el matrimonio sólo porque se corresponde con un deseo universal y con una necesidad profunda del corazón humano. El hecho de que la vida ultraterrena se corresponda a lo que cada hombre desea prueba que en verdad ella existe y no lo contrario.

Ha llegado quizás el momento de tirar hacia fuera el hacha de debajo del almud y proclamar con fuerza la verdad de la «vida eterna». En la carabela de Colón, en el viaje hacia el nuevo mundo, cuando ya se había perdido toda esperanza de llegar a alguna parte y se sentían aires de amotinamiento, una mañana, de improviso, se oyó un grito del vigía, que lo cambió todo: «¡Tierra, tierra!» Si no queremos penetrar en una resignación muerta, debemos también nosotros escuchar un grito: no de «¡tierra, tierra!», sino de «¡cielo, cielo!» Este era el grito que san Felipe Neri en su tiempo hacía oír por las calles de Roma, arrojando al aire su sombrero por alegría. Yo no consigo imaginar cómo se pueda vivir serenamente esta vida sin una fe cierta, al menos implícita, en una vida

futura. Será una deformación profesional, pero no llego a conseguirlo; me parece que sería como para desesperarse en cada momento viendo el dolor y la injusticia que reinan en este mundo.

Este gozoso anuncio del más allá y de la vida eterna no tiene nada que ver con los anuncios amenazadores sobre el fin del mundo, sazonado todo ello con el infalible reclamo sobre el «tercer secreto de Fátima». No nos dejemos turbar mínimamente por estas cosas; todo es fruto de enfermas fantasías. No lo digo yo, lo dice el mismo Cristo:

«Mirad, no os dejéis engañar. Porque vendrán muchos usurpando mi nombre y diciendo: “Yo soy” y “el tiempo está cerca”. No les sigáis» (*Lucas 21,8*).

Desgraciadamente, catástrofes y desgracias han existido siempre y aún existirán; pero, nadie está autorizado a instrumentalizarlas de manera arbitraria haciéndolas el signo de una supuesta cólera divina. Si las catástrofes naturales fuesen signo del castigo divino sería necesario concluir que entre la pobre gente de Bangla Desh hay más grandes pecadores que entre los habitantes de New York, Londres, París o Roma. Debemos, en todo caso, sacar ocasión de los acontecimientos luctuosos para reflexionar sobre la precariedad de la vida humana y no apostar todo sobre nuestros breves días de acá abajo. Jesús con anticipación ha desmentido estas predicciones de los falsos profetas diciendo que «de aquel día y hora, nadie sabe nada, ni los ángeles en el cielo» (*Marcos 13,32*). Hablemos, por lo tanto, de la vida eterna, más que del fin del mundo.

Uno de los más famosos cantos de *espirituales negros*, titulado *Swing low, sweet chariot* (moviéndose poco a poco, dulce carro), habla del momento en que Dios vendrá a acogernos sobre su carro, para llevamos a su casa. En un cierto punto, dice el texto: «Si llegáis allá arriba antes que yo, decid a todos mis amigos que también llegaré yo pronto» (*If you get there before I do, tell all my friends I'm coming too*). Yo hago más las palabras de este canto y os digo a vosotros: «Si llegáis allá arriba antes que yo, decid a todos mis amigos que pronto también llegaré yo». Si primero llego yo, os prometo que diré lo mismo a vuestros seres queridos, que os esperan allá arriba.

---

**FLUVIUM ([www.fluvium.org](http://www.fluvium.org))**

### **Vida sobrenatural**

Nos presenta la Iglesia en este domingo otro momento de la vida de Jesús, que daría pie seguramente a alguno de aquellos comentarios elogiosos de la gente: habla con autoridad, no como los escribas. El Señor manifiesta una visión completa de la vida y la existencia humana. Se refiere a nosotros como quien tiene una comprensión total de nuestro origen y nuestro destino. Trasciende, por tanto, la visión limitada y tan habitual del hombre concreto, condicionada casi siempre por las impresiones del momento que le ofrecen un concepto de sí muy parcial.

Son verdad las conclusiones que extraemos a partir de la visión natural de la vida y de las circunstancias ordinarias de nuestra existencia. Son verdad, pero no agotan la verdad. Como la visión que ofrece el mar desde la costa, siendo verdadera, no comprende totalmente el mar ni agota su verdad. Es preciso sobrevolar el mar, sumergirse en él a gran profundidad, estudiar los seres vivos que lo habitan y las formas de su fondo, analizar el agua, etc., para lograr entonces un conocimiento más acabado, que, por lo demás, no conseguiremos tampoco que sea exhaustivo.

Aquellos saduceos, con su visión exclusivamente temporal, consideraban esenciales algunas manifestaciones de la vida ligadas a la materialidad y transitoriedad de nuestra existencia terrena. Así, manifestaciones ciertamente importantes, como el hecho de la unión matrimonial, de la que depende el mantenimiento de nuestra especie. Dios mismo fundó el matrimonio y es preciso vivirlo

de acuerdo con aquella idea original. De este modo cumplimos su voluntad, vivimos según Dios en esta fase terrena de nuestra existencia, que es el momento de merecer. Pero lo definitivo para el hombre no es vivir en este mundo, por decisiva que sea esta fase, nuestra existencia actual. Conviene por esto contemplar este momento como algo provisional –una mala noche en una mala posada, que diría santa Teresa–, pendientes los ojos, iluminados por la fe, de la vida en Dios a la que estamos destinados desde el principio.

Con frecuencia y de muy diversos modos, animaba Jesús a sus oyentes para que contasen con la proyección trascendente, que de suyo tiene la vida de los hombres. Aconsejaba, así, la vida de infancia espiritual: vida de trato confiado con Nuestro Padre, que es Dios y quiere colmarnos de sus delicias. Exigía también el empeño por hacer rendir los dones recibidos, de los que se nos pedirá cuentas al término de esta etapa terrena: entonces cada uno recibirá premio o castigo, según hayan sido sus obras. Otras veces hablaba el Señor –con claridad y diferenciándolas– de esas dos dimensiones de nuestra vida: una temporal, la de ahora, y otra definitiva que comienza para cada uno a partir de su muerte; y, al final de los tiempos, para toda la humanidad. Es lo que significa, por ejemplo, la parábola del trigo y la cizaña. El trigo –bueno– representa claramente, como explica el mismo Señor, a los que obran rectamente en la vida; la cizaña –mala– son los que actúan injustamente: del mismo modo que se reúne la cizaña y se quema en el fuego, así será al fin del mundo. El Hijo del Hombre enviará a sus ángeles y apartarán de su Reino a todos los que causan escándalo y obran la maldad, y los arrojarán en el horno del fuego. Allí será el llanto y rechinar de dientes. Entonces los justos brillarán como el sol en el Reino de su Padre. Quien tenga oídos, que oiga.

El Señor mostró una vez más, con ocasión de la pregunta de los saduceos, que la vida que ahora nos ocupa está destinada a dar paso a otra: la definitiva. Ya entonces algunos –como ahora–, pretendían reducir al hombre al quehacer temporal, negando así, entre otras cosas, toda la enseñanza del Antiguo Testamento, en la que se manifiesta de modo claro, como recuerda el Señor, que Dios –que es la vida por antonomasia– tiene presentes de modo actual a todos los hombres, aunque no podamos comprenderlo. Tan Dios y Padre es de Abraham como de Jacob, como de la reina Ester o de María Magdalena. Poco importarán en definitiva en la Eternidad algunas circunstancias, que nosotros tal vez podamos valorar mucho, y que Dios quiere para el hombre en nuestro actual estado, pero que se deben a que la condición nuestra de ahora es temporal, terrena y transitoria.

Pidamos al Señor que nos conceda contemplarnos con visión sobrenatural –la única que puede ser verdadera–, que no está condicionada por lo inmediato de nuestra limitada experiencia. Es claro que para esta visión necesitamos fe, vernos en cierta medida como nos ve Dios. Gracias a ese auxilio divino de la fe, se nos potencia la óptica humana y somos así capaces de conocer lo necesario para responder adecuadamente a Dios como personas.

A la Madre de Dios y Madre nuestra nos encomendamos, para que sepamos vernos, como Ella, miembros de la familia de Dios.

---

**PALABRA Y VIDA ([www.palabrayvida.com.ar](http://www.palabrayvida.com.ar))**

### **Espero la resurrección de los muertos**

El año litúrgico ya llega a su fin y, con él, llega a su fin también nuestro itinerario anual a través de la historia de la salvación. No debe sorprendernos, entonces, que en estos últimos domingos vuelva con particular insistencia el tema de las realidades últimas. Hoy, somos invitados por la palabra de Dios a profundizar nuestra fe en la resurrección de los muertos. Es una de las verdades

fundamentales; la proclamamos también en el Credo con las palabras: “¡Creo en la resurrección de los muertos!”

Las lecturas escuchadas nos permiten trazar un cuadro bastante completo de la revelación bíblica sobre la resurrección de los muertos. Esta aparece, de manera clara y explícita, recién al final del Antiguo Testamento. El fragmento del libro de los Macabeos leído hoy, constituye su testimonio más avanzado: *Nos privas de la vida presente* —exclama uno de los siete hermanos asesinado bajo Antíoco— (Dios) *nos resucitará a una vida eterna*. Pero esta fe no nace repentinamente, de la nada; se arraiga vitalmente en toda la revelación bíblica anterior, de la que representa la conclusión esperada y, por así decirlo, el fruto más maduro. Dos certezas, sobre todo, impulsaron esta conclusión: la certeza de la omnipotencia de Dios y la certeza de la insuficiencia y la injusticia de la retribución terrena. El poder creador y salvador de Dios es tal que llega al hombre incluso después de la muerte, incluso en el abismo; la muerte marca el límite extremo del hombre, pero no del poder de Dios (1 Sam. 2.6: *El Señor da la muerte y la vida, hunde en el Abismo y levanta de él*). Por otra parte, cada vez era más evidente —especialmente después de la experiencia de Job— que la suerte de los buenos en este mundo es tal que, sin la esperanza de una retribución distinta después de la muerte, sería imposible no caer en la desesperación: en esta vida, todo le sucede de la misma manera al justo y al impío, ya sea la felicidad o la desdicha.

El episodio evangélico nos documenta acerca del estado de esta creencia en el tiempo del Nuevo Testamento y nos hace conocer al respecto el pensamiento, para nosotros decisivo, de Jesús. Se trata de un trozo relatado, con pocas diferencias, por los tres Sinópticos, signo de que desde el comienzo su importancia no pasó inadvertida a la Iglesia. Esta vez, la iniciativa es de los saduceos que eran los representantes de la aristocracia sacerdotal de Jerusalén. Ateniéndose, por principio, a la revelación bíblica más antigua, la “mosaica”, no habían aceptado la doctrina de la resurrección de los muertos que consideraban una novedad. Lo que le dicen a Jesús no contiene un pedido de explicación, sino un desafío. Remitiéndose a la ley mosaica de Deuteronomio 25 sobre el levirato (la mujer que queda viuda, sin hijos varones, se casa con el cuñado que da así descendencia al “hermano” permitiendo mantener la propiedad dentro de la familia del difunto), plantean el caso límite de una mujer que de esa manera pasó por siete maridos, para finalmente preguntar en tono triunfante, seguros de haber demostrado lo absurdo de la resurrección: *Cuando resuciten los muertos, ¿de quién será esposa?*

La respuesta de Jesús es extraordinaria; sin apartarse del terreno elegido por los adversarios que era la ley mosaica, con pocas palabras, primero revela dónde está el error de los saduceos y lo corrige y luego da a la fe en la resurrección su fundamento más profundo y convincente. Es comprensible la exclamación de admiración que brota de boca de algunos presentes: *¡Maestro, has hablado bien!*

Jesús, entonces, se pronuncia sobre dos cosas: Sobre el *modo* y sobre el *hecho* de la resurrección. El error de los saduceos es que leen mal las Escrituras; las leen como racionalistas y así no saben leer en ella lo más importante que es “el poder de Dios” (cf. Mc. 12.24). Este poder de Dios, que al principio obró la creación del hombre de la nada, al final obrará su resurrección de la muerte; la resurrección es obra no de la naturaleza sino de la omnipotencia divina: “¡Para Dios todo es posible!”. Es posible que los saduceos hubieran asimilado, en cuanto a este punto, las ideas del mundo culto del tiempo y a la fe bíblica de la resurrección opusieran la fe helenística en la inmortalidad del alma. El hombre sobrevive, sí, después de la muerte, no sin embargo por el poder de Dios que resucita, sino porque su alma es naturalmente inmortal y sólo necesita liberarse del cuerpo para vivir eternamente. La caricatura que ellos hacen de la vida de los resucitados serviría, en este

caso, a combatir no tanto la idea de que haya una vida después de la muerte, sino más bien que esta vida se obtenga mediante una resurrección que involucre también al cuerpo.

Jesús les responde afirmando con gran vigor la condición espiritual de los resucitados: *Los que sean juzgados dignos de participar del mundo futuro y de la resurrección, no se casarán. Ya no pueden morir, porque son semejantes a los ángeles y son hijos de Dios, al ser hijos de la resurrección.* El matrimonio está ligado a la condición presente de mortalidad del hombre; donde no hay muerte, no hay necesidad de nacimiento Y, por lo tanto, de casarse. No es que desaparezca el lazo que unió a dos personas en la vida en un vínculo santo; la resurrección no destruye todo lo que hay de positivo en el mundo, sino que lo sublima y espiritualiza. En otras palabras, la vida como resucitados no es como la de antes, es distinta, se parece, de alguna manera, a la vida de los ángeles y participa de la vida misma de Dios (“son hijos de Dios”). En esto, nos viene a la mente con fuerza, lo que dice el evangelista Juan: *Queridos míos, desde ahora somos hijos de Dios, y lo que seremos no se ha manifestado todavía. Sabemos que cuando se manifieste, seremos semejantes a él, porque lo veremos tal cual es* (1 Jn. 3.2).

El mayor peso en la respuesta de Jesús no está en el modo, sino en el hecho, o sea, no en el “cómo” será la resurrección, sino en el “hecho de que” habrá una resurrección. También Jesús recurre a Moisés; precisamente, al episodio de la zarza ardiente donde Dios se proclama: “Dios de Abraham, Dios de Isaac y Dios de Jacob” y concluye: *Dios no es Dios de los muertos, sino de los vivientes; porque todos viven para él.* Si Dios se proclama Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, en un momento en que Abraham, Isaac y Jacob están muertos desde hace generaciones, y si Dios es Dios de los vivos, entonces, quiere decir que Abraham, Isaac y Jacob están vivos. “El pasaje sugiere la única consideración que, más que ninguna otra, confirma al cristiano moderno en su fe en una vida más allá de la muerte; para él, de hecho, esta esperanza se basa no sobre argumentos platónicos respecto de la naturaleza del alma, sino en la experiencia de comunión con Dios” (V. Taylor).

Como vemos, Jesús plantea una alternativa radical: ¡O fe en la resurrección de los muertos, o ateísmo! Las dos cosas están y caen juntas; no se puede creer en un Dios que puso en movimiento cielo y tierra por el hombre, que por él ideó una grandiosa historia de salvación, si después el hombre mismo estuviera destinado a terminar en la nada de la tumba. Dios acabaría reinando sobre un inmenso cementerio; sería un Dios de muertos y, por consiguiente, un Dios muerto él mismo. Toda la vida nos resultaría un juego cruel, un hacernos entrever y desear la luz, la alegría, la vida, pero sólo para decirnos que no están hechas para nosotros. Basta formular un pensamiento de este tipo para ver lo absurdo que es y apartarse de él con horror. Una vez que se ha creído en Dios, es necesario un esfuerzo mayor para no creer en la resurrección de los muertos que para creer en ella. Se entiende por qué Jesús concluye su discusión con los saduceos con una fuerza insólita y casi con desdén: *Ustedes están en un grave error* (Mc. 12,27).

Decía antes que las lecturas de hoy nos permiten trazar un cuadro bastante completo de la fe bíblica en la resurrección de los muertos. Pero, hasta ahora, en el cuadro falta el elemento más importante de todos: ¡la resurrección de Cristo! A ella nos remite oportunamente la liturgia de hoy en la Aclamación al Evangelio: “Yo soy la resurrección y la vida, dice el Señor; quien cree en mí no morirá eternamente”. No podemos desarrollar aquí toda la argumentación de Pablo en el famoso capítulo 15 de la primera epístola a los Corintios; debemos, no obstante, citar la afirmación central: *Si se anuncia que Cristo resucitó de entre los muertos, ¿cómo algunos de ustedes afirman que los muertos no resucitan? ¡Si no hay resurrección, Cristo no resucitó!* (1 Coro 15,12-13). Para el Nuevo Testamento, la resurrección de Jesús no es un hecho aislado, sino que representa el comienzo y la anticipación de la resurrección general de los muertos; Jesús es el primero de los resucitados: es “el



primero de todos” (1 Cor. 15.20), pero no hay un primero si no es con referencia a un conjunto. Probablemente, el Apóstol debe tratar con personas que estaban influidas, al igual que los saduceos, por el pensamiento griego que admitía la inmortalidad del alma, pero no la resurrección del hombre entero, —o sí la admitían—pensaban que ésta ya se había producido en el Bautismo, cuando habían recibido el Espíritu y la vida nueva (cf. 2 Tim. 2,18).

Esta es, entonces, la fe en la resurrección de los muertos. Obviamente, dicha fe comprende también la fe en el “juicio”, porque todos resucitarán el último día, pero no todos para la vida eterna; la idea de la resurrección general de la muerte no anula la otra verdad clarísima, aunque tan difícil para nosotros, del castigo eterno de los impíos (cf. Mt. 25.46).

Pero hoy, detengámonos en el aspecto positivo y consolador de la fe. Si vacilamos en abrirle toda el alma, no es porque nos parezca absurda, sino porque nos parece demasiado bella, demasiado correspondiente al deseo más íntimo de nuestro corazón. Nosotros —dice Pablo— no queremos ser despojados de nuestro cuerpo, sino revestidos, vale decir, no queremos sobrevivir con una parte sola de nuestro ser —el alma— sino con todo nuestro yo, alma y cuerpo; por eso, no deseamos que nuestro cuerpo mortal sea destruido, sino que “sea absorbido por la vida” y se vista, él también, de inmortalidad (cf. 2 Cor. 5.1-5; 1 Col 15,51-53). Queremos ser felices con nuestro cuerpo, no a pesar de él. Casi todas las religiones y las creencias, recogiendo el irreprimible ansia del hombre por la vida, han predicado una vida después de la muerte; la novedad de la Biblia es que esta vida después de la muerte no es concebida como una repetición en cadena de la misma vida de antes (como ocurre en la doctrina de la *reencarnación*, propia del hinduismo y de otras religiones orientales), ni como vida parcial, o sea limitada al solo elemento espiritual del hombre, sino como “vida eterna” y “vida plena”. ¡Todo el hombre creado por Dios está destinado a vivir en la comunión por Dios!

¿Qué garantías tenemos para decir que esta espera inaudita nuestra será, algún día, realidad? Ninguna, si por garantías entendemos sólo las que da la naturaleza o una ley; en el nacimiento del hombre está la garantía cierta de que morirá, pero en su muerte no hay una garantía análoga de que resucitará. Sólo existe la garantía que da la fe y que se basa en la promesa de Dios; sólo que esta promesa ya empezó a ser cumplida, porque Jesús resucitó de la muerte. De modo que es una esperanza que no puede desilusionar.

¿Cómo recibió el mundo la revelación bíblica sobre la resurrección de los muertos? El discurso de Pablo en el Areópago es la mejor ilustración: ¡con una sonrisa de indulgencia! *Otro día te oiremos hablar sobre esto* (Hech. 17,32). Si la fe en la resurrección fuera realmente un “mito” y un producto de la mentalidad “no científica” de los antiguos, como se dice algunas veces, habría sido recibida sin problema; en cambio, provocó escándalo entonces como lo provoca hoy. Sólo que el motivo del escándalo es distinto entre entonces y hoy, más aún es incluso opuesto. ¿Por qué a los griegos les pareció ingenuo el dogma de la resurrección de la carne? Porque, para ellos, sobrestimaba la importancia de este mundo y de este cuerpo, prometiendo también para ellos una salvación. Para ellos, la verdadera salvación, era la salvación “sin el” cuerpo, no la salvación “del” cuerpo; la salvación es liberarse de la prisión de este mundo caótico y pasajero y volver al estado de ser inmatrimales. Rechazaban la resurrección por el mismo motivo por el cual rechazaban la Encarnación.

¿Por qué los no creyentes, especialmente los marxistas, consideran ingenua la fe en la resurrección de los muertos? Porque, en su opinión, no toma suficientemente en serio este mundo y su historia; en lugar de comprometer al hombre a luchar por cambiar la sociedad y así instaurar aquí abajo una condición de libertad y felicidad, los creyentes impulsan al hombre a anhelar un más allá que es fruto de la ilusión y la alienación. Quien razona así distorsiona completamente el sentido de la

fe cristiana en la resurrección de la carne. *Primero*, porque esa fe no nace del disgusto por la vida, sino de la pasión por la vida (“Eres digno de seguir viviendo... Es tan dulce vivir y la luz es tan bella”, decían los verdugos a un mártir del siglo tercero, llamado Pionio; pero él respondía: “Sí, ya sé que es dulce vivir, pero nosotros estamos en busca de una vida mejor. La luz es bella, pero nosotros deseamos la luz verdadera; sé que la tierra es bella, es obra de Dios. Si nosotros renunciamos a esto no es por disgusto, ni por desprecio, sino ¡porque conocemos bienes mejores!”). *Segundo*, porque la fe en la resurrección no aparta al creyente de su compromiso moral en la historia, sino que lo impulsa a él: “La esperanza de la resurrección —escribía un Padre de la Iglesia— es la raíz de toda buena acción; la esperanza de la merced fortalece el alma para el cumplimiento del bien. Todo operario está dispuesto a soportar el cansancio si prevé la recompensa... Toda alma que cree en la resurrección se cuida a sí misma, aquella, en cambio, que no cree en la resurrección, se abandona a la ruina. Quien cree que el cuerpo permanece para la resurrección, cuida esta vestidura del alma y no la ensucia con la fornicación. Quien, por el contrario, no cree en la resurrección, se abandona a la impureza, abusando del propio cuerpo como de algo que no le pertenece. La fe en la resurrección de los muertos es, por lo tanto, una gran enseñanza y advertencia de la Iglesia católica, grande y necesaria, que muchos contradicen aunque la verdad la pruebe. Los griegos la combaten y los herejes la falsean: la contradicción tiene varios rostros, mientras que la verdad tiene sólo uno” (Cirilo de Jerusalén, Cato 18,1).

Sobre nuestra reflexión descende ahora la Eucaristía que es para nosotros prenda viviente de la futura resurrección: *El que come mi carne y bebe mi sangre tiene Vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día* (Jn. 6,54).

---

## **BIBLIOTECA ALMUDÍ ([www.almudi.org](http://www.almudi.org))**

### ***Homilía con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II***

#### **En la parroquia de Ntra. Sra. de Lourdes (8-XI-1992)**

##### **– Los fieles difuntos**

“Espero en la resurrección de los muertos y la vida del mundo futuro”.

Celebramos hace pocos días la conmemoración solemne de todos los fieles difuntos; y estamos todavía en un clima de reflexión y de oración por nuestros queridos difuntos. La triste peregrinación que durante el mes de noviembre lleva a tanta gente a los cementerios es un gesto de piedad y afecto, y una manifestación coral de fe y comunión eclesial.

La Iglesia proclama, al mismo tiempo, su fe en Cristo vencedor de la muerte: “Espero la resurrección de los muertos y la vida del mundo futuro”.

Estos dos artículos del Credo o Símbolo apostólico cobran un significado singular a la luz de la memoria de los fieles difuntos. Nos recuerdan que no nos encaminamos hacia la nada. Por el contrario, nuestra existencia tiene una meta precisa y la fe abre, en medio de la tristeza de la separación humana, el horizonte luminoso de una vida que va más allá de esta existencia terrena y que será el puerto de llegada de todos los hijos de Dios, en Jesucristo.

##### **– La vida eterna**

Las lecturas de la santa misa de este XXXII domingo del tiempo ordinario hablan de la resurrección de los muertos y de la vida del mundo futuro.

En el pasaje del Evangelio de Lucas algunos saduceos se dirigen a Jesús con una pregunta insidiosa. Niegan que haya resurrección de los muertos, y quieren lograr que Jesús tome una posición al respecto, pero Él les responde, como siempre, con una claridad cristalina.

El Señor afirma que los muertos resucitan. Ésta es la afirmación más importante y solemne. Observa: “Y que los muertos resucitan lo ha indicado también Moisés en lo de la zarza, cuando llama al Señor el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob. No es un Dios de muertos, sino de vivos, porque para él todos viven” (Lc 20,37-38).

Explica también cómo será la vida eterna, partiendo de la pregunta provocadora de los saduceos. A éstos, que con evidente ironía le preguntan de quién será esposa, después de la muerte, una mujer que tuvo durante su vida muchos maridos sucesivos, Jesús responde que los resucitados en el más allá “ni ellos tomarán mujer ni ellas marido, ni pueden ya morir, porque son como ángeles, y son hijos de Dios, siendo hijos de la resurrección” (Lc 20,35-36).

Así pues, en estas breves expresiones, el divino Maestro reafirma dos veces consecutivas la verdad de la resurrección, agregando claramente que la existencia, después de la muerte, será diferente de la existencia en la tierra: desaparecerá la procreación, necesaria en el tiempo, según las palabras del Creador: “Sed fecundos y multiplicaos y henchid la tierra y sometedla” (Gn 1,28). Y dado que la vida de los resucitados será semejante a la de los ángeles, nos da a entender que la persona humana estará libre de las necesidades relacionadas con la presente condición mortal.

Gracias a otros pasajes de la Sagrada Escritura y a la reflexión de los padres de la Iglesia sabemos que el paraíso constituye la respuesta más elevada a nuestra necesidad íntima de felicidad, a través de la posesión directa del Bien infinito: Dios.

San Agustín escribió: “ibi vacabimus, et videbimus; videbimus, et amabimus; amabimus, et laudabimus. Ecce quod erit in fine sine fine” (*De civitate Dei*, XXII, 30,5). En el paraíso “descansaremos y veremos; veremos y amaremos; amaremos y alabaremos. He aquí lo que habrá al fin sin fin”.

### **– El sufrimiento por Cristo**

Un ejemplo de fe inquebrantable en el más allá nos lo propone también la primera lectura, tomada del libro de los Macabeos. Es el relato de los siete hermanos que, junto con su madre, afrontaron heroicamente la muerte con tal de no violar las prescripciones de la ley mosaica. Lo dicen, casi lo gritan, al rey pagano que quería obligarlos a realizar una acción mala: “El rey del mundo, a nosotros que morimos por sus leyes, nos resucitará a una vida eterna” (2 Mc 7,9). Su testimonio heroico anticipa el testimonio de miles de mártires cristianos, orgullo y corona de la Iglesia primitiva. Muchos de ellos sacrificaron su vida, derramando su sangre por el Evangelio, precisamente en Roma.

El martirio a causa del Evangelio ha estado presente siempre en la Iglesia, y sigue estándolo aún hoy. Hay muchos otros martirios también en nuestro siglo. Se trata de una llamada divina singular dirigida a almas privilegiadas que, a través de la inmolación de su vida, imitan mucho más de cerca al Salvador Jesús, fecundando con el don total de sí mismas el amplio “campo de Dios” (1 Cor 3,9).

Aunque sólo a algunas personas se les pide este sacrificio extraordinario, todos los fieles que quieran servir a Cristo con generosidad auténtica, antes o después deberán sufrir, precisamente a causa de esa fidelidad, una especie de martirio: del corazón, de los sentidos, de la voluntad o de los sentimientos.

En las horas difíciles, teniendo presente la valentía de los mártires y de los santos, no hemos de olvidar nunca las palabras del Símbolo apostólico: “Espero en la resurrección de los muertos y la vida del mundo futuro” Son fuentes de fortaleza y esperanza; luz y apoyo en la prueba.

Sólo la certeza de la resurrección puede evitar que el creyente ceda frente a la seducción del mundo e imite a cuantos ponen toda su confianza en la condición mortal presente, preocupados únicamente de su interés inmediato.

San Pablo en la epístola a los Tesalonicenses dice: Aquel “que nos ha amado y que nos ha dado gratuitamente una consolación eterna y una esperanza dichosa, consuele vuestros corazones y los afiance en toda obra y palabra buena” (2 Tes 2,16-17).

\*\*\*

### ***Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva***

Todo se acaba con la muerte, afirman algunos como estos que negaban la resurrección y abordaron a Jesús. El Maestro les contestó a la pregunta que planteaban que Dios es un Dios de vivos, no de muertos.

“Espero en la resurrección de los muertos y en la vida del mundo futuro”. Esta última afirmación del Credo, constituye la respuesta cristiana a la esperanza radical del hombre. No se puede vivir instalado permanentemente en la duda, el temor, la inseguridad. No se puede vivir sin esperanza. Incluso en aquellos casos en que no se cree en nada ni en nadie, la criatura humana siempre se aferra a algo o a alguien. Es la intuición o el anhelo profundo de que el mal, en cualquiera de sus variantes, no tendrá la última palabra. Sin embargo, la muerte es el aplastamiento total y sin remedio de toda esperanza terrena.

Del corazón humano emerge esta pregunta: ¿Nos convertiremos en ceniza o seguiremos viviendo de otra manera? Si la ciencia asegura que nada se crea ni se destruye, sino que se transforma –la naturaleza no conoce la extinción sino la transformación–, ¿quiere esto decir que nos convertiremos en polvo cósmico integrándonos en la energía total?

Sí, nos dice el Señor, hay quienes serán “juzgados dignos de la vida futura y de la resurrección de entre los muertos”. Conviene recordar esto frente a los que defienden que al final de los tiempos tendrá lugar la restauración de toda la creación, incluido el mal que hay en ella. Demonios y condenados tendrían al final un sitio en el gran cuadro de la nueva tierra y el nuevo cielo. Así, los golpes que el mal causó a la humanidad, surcándola de injusticias, de llanto y muerte, serían lo que el cincel y el martillo para la realización de la obra de arte (Apokatastasis).

\*\*\*

### ***Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica***

*Creo en la resurrección de la carne*

#### **I. LA PALABRA DE DIOS**

2 M 7, 1-2.9-14: El rey del universo nos resucitará para una vida eterna

Sal 16, 1.5-6.8b y 15: Al despertar me saciaré de tu semblante, Señor

2 Ts 2, 15-3,5: El Señor os dé fuerza para toda clase de palabras y de obras buenas.

Lc 20,27-38: Dios no es un Dios de muertos, sino de vivos

#### **II. LA FE DE LA IGLESIA**

«Creemos firmemente, y así lo esperamos, que del mismo modo que Cristo ha resucitado verdaderamente de entre los muertos, y que vive para siempre, igualmente los justos después de su muerte vivirán para siempre con Cristo resucitado y que El los resucitará en el último día» (989).

«Al morir cada hombre recibe en su alma inmortal su retribución eterna en un juicio particular por Cristo, juez de vivos y muertos» (1051): cielo (1052-1053); purgatorio (1054); infierno (1056-1057).

### **III. TESTIMONIO CRISTIANO**

«Así como el pan que viene de la tierra, después de haber recibido la invocación de Dios, ya no es pan ordinario, sino Eucaristía, constituida por dos cosas, una terrena y otra celestial, así nuestros cuerpos que participan en la Eucaristía ya no son corruptibles, ya que tienen la esperanza de la resurrección». (S. Ireneo de Lyon) (1000).

«La resurrección de los muertos es esperanza de los cristianos; somos cristianos por creer en ella» (Tertuliano) (991).

### **IV. SUGERENCIAS PARA EL ESTUDIO DE LA HOMILÍA**

#### **A. Apunte bíblico-litúrgico**

En la última etapa del Antiguo Testamento era bastante común la creencia en la resurrección de los muertos, si bien limitada a los justos y a los mártires, como los siete hermanos con su madre.

Jesús se remonta al más antiguo testimonio de Moisés para fundamentar la doctrina sobre la vida eterna y la resurrección de todos los difuntos contra los saduceos de Jerusalén que la negaban e ironizaban sobre ello, tal como se expresan en la pregunta que hacen a Jesús.

Los cristianos no hemos de sentir temor ante el fin de los tiempos, lo importante es tener la fuerza de Dios para todo clase de palabras y obras humanas. (Segunda lectura)

#### **B. Contenidos del Catecismo de la Iglesia Católica**

*La fe:*

— Creo en la resurrección de la carne: 988-991.

La resurrección de Cristo y la nuestra: 992-1004.

— Los novísimos: 1021-1037.

*La respuesta:*

— Morir en Cristo Jesús: 1005-1014.

Oración por los difuntos: 1371.

#### **C. Otras sugerencias**

La palabra del Señor recogida en el Evangelio y el testimonio del libro de los Macabeos fundan nuestra fe y esperanza en la resurrección de la carne y en la vida eterna.

¿Quién, cómo y cuándo resucitan los muertos? Preguntas de todos los hombres que el cristiano responde desde la fe en la resurrección de Cristo.

La Iglesia ora por los difuntos. Sabe por la fe que viven. Pide la intercesión de los santos que viven con Dios, en el cielo. Ora en sufragio por los que se purifican después de muertos en el purgatorio.

Ora para que nadie muera eternamente en el infierno.

---

**HABLAR CON DIOS ([www.hablarcondios.org](http://www.hablarcondios.org))**

**La dignidad del cuerpo humano.**

**– La resurrección de los cuerpos, declarada por Jesús.**

I. La liturgia de la Misa de este domingo propone a nuestra consideración una de las verdades de fe recogidas en el Credo, y que hemos repetido muchas veces: la resurrección de los cuerpos y la existencia de una vida eterna para la que hemos sido creados. La *Primera lectura*<sup>1</sup> nos habla de aquellos siete hermanos que, junto con su madre, prefirieron la muerte antes que traspasar la Ley del Señor. Mientras eran torturados, confesaron con firmeza su fe en una vida más allá de la muerte: *Vale la pena morir a manos de los hombres cuando se espera que Dios mismo nos resucitará.*

Otros lugares del Antiguo Testamento también expresan esta verdad fundamental revelada por Dios. Era una creencia universalmente admitida entre los judíos en tiempos de Jesús, salvo por el partido de los saduceos, que tampoco creían en la inmortalidad del alma, en la existencia de los ángeles y en la acción de la Providencia divina<sup>2</sup>. En el Evangelio de la Misa<sup>3</sup>. Leemos cómo se acercaron a Jesús con la intención de ponerle en un aprieto. Según la ley del levirato<sup>4</sup>, si un hombre moría sin dejar hijos, el hermano estaba obligado a casarse con la viuda para suscitar descendencia. Así –le dicen a Jesús– ocurrió con siete hermanos: *Cuando llegue la resurrección, ¿de cuál de ellos será la mujer? Porque los siete han estado casados con ella.* Les parecía que las consecuencias de esta ley provocaban una situación ridícula a la hora de poder explicar la resurrección de los cuerpos.

Jesús deshace esta cuestión, frívola en el fondo, reafirmando la resurrección y enseñando as propiedades de los cuerpos resucitados. La vida eterna no será igual a ésta: allí *no tomarán ni mujer ni marido...*, *pues son iguales a los ángeles e hijos de Dios, siendo hijos de la resurrección.* Y, citando la Sagrada Escritura<sup>5</sup>, pone de manifiesto el grave error de los saduceos, y argumenta: *No es Dios de muertos, sino de vivos; todos viven para Él.* Moisés llamó al Señor Dios de Abrahán, Dios de Isaac y Dios de Jacob, que hacía tiempo que habían muerto. Por tanto, aunque estos justos hayan muerto en cuanto al cuerpo, viven con verdadera vida en Dios, pues sus almas son inmortales, y esperan la resurrección de los cuerpos<sup>6</sup>. Los saduceos *ya no se atrevían a preguntarla más.*

Los cristianos profesamos en el *Credo* nuestra esperanza en la resurrección del cuerpo y en la vida eterna. Este artículo de la fe «expresa el término y el fin del designio de Dios» sobre el hombre. «Si no existe la resurrección, todo el edificio de la fe se derrumba, como afirma vigorosísimamente San Pablo (cfr. 1 Cor 15). Si el cristiano no está seguro del contenido de las palabras *vida eterna*, las promesas del Evangelio, el sentido de la Creación y de la Redención desaparecen, e incluso la misma vida terrena queda desposeída de toda esperanza (cfr. Heb 11, 1)»<sup>7</sup>. Ante la atracción de las cosas de aquí abajo, que pueden aparecer en ocasiones como las únicas que cuentan, hemos de considerar repetidamente que nuestra alma es inmortal, y que se unirá al propio cuerpo al fin de los tiempos; ambos –el hombre entero: alma y cuerpo– están destinados a una eternidad sin término. Todo lo que

---

<sup>1</sup> 2M 7, 1-2; 9-14.

<sup>2</sup> Cfr. J. DHEILLY, *Diccionario bíblico*, voz SADUCEOS, p. 921.

<sup>3</sup> Lc 20, 27-38.

<sup>4</sup> Cfr. Dt 25, 5 ss.

<sup>5</sup> Ex 3, 2; 6.

<sup>6</sup> Cfr. SAGRADA BIBLIA, *Santos Evangelios*, EUNSA, Pamplona 1983, nota a Lc 20, 27-40.

<sup>7</sup> S. C. PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Carta sobre algunas cuestiones referentes a la escatología*, 17-V-1979.

llevamos a cabo en este mundo hemos de hacerlo con la mirada puesta en esa vida que nos espera, pues *pertenece totalmente a Dios, con alma y cuerpo, con la carne y con los huesos, con los sentidos y con las potencias*<sup>8</sup>.

– **Los cuerpos están destinados a dar gloria a Dios junto con el alma.**

**II.** La muerte, como enseña la Sagrada Escritura, no la hizo Dios; es pena del pecado de Adán<sup>9</sup>. Cristo mostró con su resurrección el poder sobre la muerte: *mortem nostram moriendo destruxit et vita resurgendo reparavit*, muriendo destruyó nuestra muerte, y resurgiendo reparó nuestra vida, canta la Iglesia en el *Prefacio pascual*. Con la resurrección de Cristo la muerte ha perdido su aguijón, su maldad, para tornarse redentora en unión con la Muerte de Cristo. Y en Él y por Él nuestros cuerpos resucitarán al final de los tiempos, para unirse al alma, que, si hemos sido fieles, estará dando gloria a Dios desde el instante mismo de la muerte, si nada tuvo que purificar.

Resucitar significa volver a levantarse aquello que cayó<sup>10</sup>, la vuelta a la vida de lo que murió, levantarse vivo aquello que sucumbió en el polvo. La Iglesia predicó desde el principio la resurrección de Cristo, fundamento de toda nuestra fe, y la resurrección de nuestros propios cuerpos, de la propia carne, de «ésta en que vivimos, subsistimos y nos movemos»<sup>11</sup>. El alma volverá a unirse al propio cuerpo para el que fue creada. Y precisa el Magisterio de la Iglesia: los hombres «resucitarán con los propios cuerpos que ahora llevan»<sup>12</sup>. Al meditar que nuestros cuerpos darán también gloria a Dios, comprendemos mejor la dignidad de cada hombre y sus características esenciales e inconfundibles, distintas de cualquier otro ser de la Creación. El hombre no sólo posee un alma libre, «bellísima entre las obras de Dios, hecha a imagen y semejanza del Creador, e inmortal porque así lo quiso Dios»<sup>13</sup>, que le hace superior a los animales, sino un cuerpo que ha de resucitar y que, si se está en gracia, es templo del Espíritu Santo, San Pablo recordaba frecuentemente esta verdad gozosa a los primeros cristianos: *¿no sabéis que vuestros cuerpos son templos del Espíritu Santo, que habita en vosotros?*<sup>14</sup>

Nuestros cuerpos no son una especie de cárcel que el alma abandona cuando sale de este mundo, no «son lastre, que nos vemos obligados a arrastrar, sino las primicias de eternidad encomendadas a nuestro cuidado»<sup>15</sup>. El alma y el cuerpo se pertenecen mutuamente de manera natura, y Dios creó el uno para el otro. «Respétalo –nos exhorta San Cirilo de Jerusalén–, ya que tiene una gran suerte de ser templo del Espíritu Santo. No manches tu carne (...), y si te has atrevido a hacerlo, purifícala ahora con la penitencia. Límpiala mientras tienes tiempo»<sup>16</sup>.

– **Nuestra filiación divina, iniciada ya en el alma por la gracia, será consumada por la glorificación del cuerpo.**

**III.** La altísima dignidad del hombre se encuentra ya presente en su creación, y con la Encarnación del Verbo, en la que existe como un desposorio del Verbo con la carne humana<sup>17</sup>, llega

---

<sup>8</sup> SAN JOSEMARÍA, *Amigos de Dios*, 177.

<sup>9</sup> Cfr. *Rm* 5, 12.

<sup>10</sup> Cfr. SAN JUAN DAMASCENO, *Sobre la fe ortodoxa*, 27.

<sup>11</sup> Cfr. J. IBAÑEZ-F. MENDOZA, *La fe divina y católica de la Iglesia*, Magisterio Español, Madrid 1978, nn.7, 216 y 779.

<sup>12</sup> *Ibidem*.

<sup>13</sup> SAN CIRILO DE JERUSALÉN, *Catequesis*, 4, 18.

<sup>14</sup> *ICo* 6, 19.

<sup>15</sup> Cfr. R. A. KNOX, *El torrente oculto*, Rialp, Madrid 1956, p. 346.

<sup>16</sup> SAN CIRILO DE JERUSALÉN, *Catequesis*, 4, 25.

<sup>17</sup> TERTULIANO, *Sobre la resurrección*, 63.

a su plena manifestación. Cada hombre «ha sido comprendido en el misterio de la redención, con cada uno ha sido unido con Cristo, para siempre, por parte de este misterio. Todo hombre viene al mundo concebido en el seno materno, naciendo de madre, y es precisamente por razón del misterio de la Redención por lo que es confiado a la solicitud de la Iglesia. Tal solicitud afecta al hombre entero y está centrada sobre él de manera del todo particular. El objeto de esta premura es el hombre en su única e irreplicable realidad humana, en la que permanece intacta la imagen y semejanza de Dios mismo»<sup>18</sup>.

Enseña Santo Tomás que nuestra filiación divina, iniciada ya por la acción de la gracia en el alma, «será consumada por la glorificación del cuerpo (...), de forma que, así como nuestra alma ha sido redimida del pecado, así nuestro cuerpo será redimido de la corrupción de la muerte»<sup>19</sup>. Y cita a continuación las palabras de San Pablo a los filipenses: *Nosotros somos ciudadanos del Cielo, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo, el cual transformará nuestro humilde cuerpo conforme a su Cuerpo glorioso en virtud del poder que tiene para someter a sí todas las cosas*<sup>20</sup>. El Señor transformará nuestro cuerpo débil y sujeto a la enfermedad, a la muerte y a la corrupción, en un cuerpo glorioso. No podemos despreciarlo, ni tampoco exaltarlo como si fuera la única realidad en el hombre. Hemos de tenerlo sujeto mediante la mortificación porque, a consecuencia del desorden producido por el pecado original, tiende a «hacernos traición»<sup>21</sup>.

Es de nuevo san Pablo el que nos exhorta: *Habéis sido comprados a un gran precio. Glorificad, por tanto, a Dios en vuestro cuerpo*<sup>22</sup>. Y comenta el Papa Juan Pablo II: «La pureza como virtud, es decir, capacidad de *mantener el propio cuerpo en santidad y respeto* (cfr. 1 Tes 4, 4), aliada con el don de piedad, como fruto de la inhabitación del Espíritu Santo en el *templo* del cuerpo, realiza en él una plenitud tan grande de dignidad en las relaciones interpersonales, que *Dios mismo es glorificado en él*. La pureza es gloria de Dios en el cuerpo humano»<sup>23</sup>.

Nuestra Madre Santa María, que fue asunta al Cielo en cuerpo y alma, nos recordará en toda ocasión que también nuestro cuerpo ha sido hecho para dar gloria a Dios, aquí en la tierra y en el Cielo por toda la eternidad.

---

**Mn. Ramon SÀRRIAS i Ribalta (Andorra la Vella, Andorra) ([www.evangelii.net](http://www.evangelii.net))**

### **No es un Dios de muertos, sino de vivos, porque para Él todos viven**

Hoy, Jesús hace una clara afirmación de la resurrección y de la vida eterna. Los saduceos ponían en duda, o peor todavía, ridiculizaban la creencia en la vida eterna después de la muerte, que —en cambio— era defendida por los fariseos y lo es también por nosotros.

La pregunta que hacen los saduceos a Jesús «¿de cuál de ellos será mujer en la resurrección? Porque los siete la tuvieron por mujer» (Lc 20,33) deja entrever una mentalidad jurídica de posesión, una reivindicación del derecho de propiedad sobre una persona. Además, la trampa que ponen a Jesús muestra un equívoco que todavía existe hoy; imaginar la vida eterna como una prolongación, después de la muerte, de la existencia terrenal. El cielo consistiría en la transposición de las cosas bonitas que ahora gozamos.

---

<sup>18</sup> SAN JUAN PABLO II, Enc. *Redemptor hominis*, 4-III-1979, 13.

<sup>19</sup> Santo TOMAS, *Comentario a la Carta a los Romanos*, 8, 5.

<sup>20</sup> *Flp* 3, 21.

<sup>21</sup> Cfr. SAN JOSEMARÍA, *Camino*, n. 196.

<sup>22</sup> *ICo* 6, 20.

<sup>23</sup> SAN JUAN PABLO II, Audiencia general 18-III-1981.



Una cosa es creer en la vida eterna y otra es imaginarse cómo será. El misterio que no está rodeado de respeto y discreción, peligra ser banalizado por la curiosidad y, finalmente, ridiculizado.

La respuesta de Jesús tiene dos partes. En la primera quiere hacer entender que la institución del matrimonio ya no tiene razón de ser en la otra vida: «Los que alcancen a ser dignos de tener parte en aquel mundo y en la resurrección de entre los muertos, ni ellos tomarán mujer ni ellas marido» (Lc 20,35). Lo que sí perdura y llega a su máxima plenitud es todo lo que hayamos sembrado de amor auténtico, de amistad, de fraternidad, de justicia y verdad...

El segundo momento de la respuesta nos deja dos certezas: «No es un Dios de muertos, sino de vivos» (Lc 20,38). Confiar en este Dios quiere decir darnos cuenta de que estamos hechos para la vida. Y la vida consiste en estar con Él de manera ininterrumpida, para siempre. Además, «para Él todos viven» (Lc 20,38): Dios es la fuente de la vida. El creyente, sumergido en Dios por el bautismo, ha sido arrancado para siempre del dominio de la muerte. «El amor se convierte en una realidad cumplida si se incluye en un amor que proporcione realmente eternidad» (Benedicto XVI).

\*\*\*

**Rev. D. Antoni CAROL i Hostench (Barcelona, España) ([www.evangelinet.net](http://www.evangelinet.net))**

### **Esos que sostienen que no hay resurrección**

Hoy, los “inoportunos” saduceos son ocasión para que Jesús dedique unas bellísimas palabras a una cuestión vital: la eternidad. La escena y el tema conservan plena vigencia.

Se le acercaron «algunos de los saduceos» que, curiosamente, sostenían «que no hay resurrección» (Lc 20,27). En efecto, no deja de ser sorprendente que un grupo de gente religiosa —creyente en Dios— afirmara que no existe la eternidad (por lo menos, para nosotros). Entonces, nos preguntamos, ¿qué clase de Dios tenemos? Más aun, ¿qué será de nosotros?

Evidentemente, no hay respuesta para un interrogante tan estúpido como este. De hecho, Jesús les respondió muy tajantemente: «Estáis en un gran error» (Mc 12,27). Y les espetó, sin más, que Dios «no es Dios de muertos, sino de vivos» (Lc 20,38), como no podía ser de otro modo.

Por si no fuera poco equivocada la conclusión de los saduceos, la argumentación que proponen —la ficticia historieta de la mujer que sucesivamente tuvo por esposos a siete hermanos— sobrepasa la ridiculez. No debemos sorprendernos de que ahora resurjan los “modernos saduceos” que contradicen la voz del Vicario de Cristo esgrimiendo argumentos tan falsos como forzados (que si el costo de las visitas pastorales del Papa debiera destinarse a los pobres; que si el Papa es culpable de millones de muertes...). ¡Nada nuevo en la faz de la tierra! Sólo la ceguera del descreimiento es capaz de tramar semejantes naderías.

Los saduceos “jugaron” con la eternidad y el resultado es que no queda ni rastro de ellos. ¡Lógico!: sin esperanza no hay vida. Peor aún: sin un horizonte de eternidad no se puede amar. ¿Acaso se puede uno “enamorar” por un tiempo? He aquí la respuesta de Benedicto XVI: «El amor humano es, en sí, una promesa incumplible. Desea eternidad y sólo puede ofrecer finitud. Mas, por otra parte, sabe que esa promesa no es insensata ni contradictoria, pues en última instancia la eternidad vive en ella. Sus auténticas dimensiones conllevan, en definitiva, la perspectiva futura de Dios, la espera de Dios».